

San Agustín PASIÓN POR LA VERDAD

Miguel Ángel Cárceles



Director de la colección: Mercedes Álvarez

© 1998, by Miguel Ángel Cárceles y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias con una pintura de Ary Scheffer, *San Agustín y su madre santa Mónica*, 1855. Museo del Louvre, París.

Fotografías: ACI, AGE-Fotostock, AISA, ALBUM, BPK-Images (Museum für Asiatische Kunst, SMB / Jürgen Liepe), Getty Images, Oronoz.

Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Sexta edición: octubre de 2010

ISBN: 978-84-218-4333-8

Depósito legal: M-43.779-2010

Printed in Spain

Impreso en: Anzos, S. L. Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Pedro Gimeno Capín.

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

1	El robo de peras	5
2	Cartago	11
3	Flora	17
4	¡Pasión por la verdad!	23
5	El sueño de Mónica	31
6	La muerte de un amigo	37
7	Amigo de la astrología	43
8	De Cartago a Roma	49
9	Desde Roma a Milán	57
10	Sorpresa en la catedral	63
11	Abandona el maniqueísmo	69
12	Agustín triunfa en la corte	75
13	La emperatriz Justina contra Ambrosio	81
14	Flora marcha hacia África	87
15	Un estallido de luz ilumina su interior	93
16	Encuentro con Simpliciano	99
17	Esclavo de la costumbre	107
18	La visita de Ponticiano	113
19	«Toma y lee; toma y lee»	119
20	Camino de África	127
21	La visión en Ostia Tiberina	135
22	Muerte de Mónica	143
23	Agustín, sacerdote	149
24	Agustín, obispo	157
25	Saqueo de Roma	163
26	Intrigas en la corte	171
27	La muerte de Agustín	179

El robo de peras

—¡Venid conmigo! —ordena Agustín a sus amigos que esperan en la calle.

—¿Adónde vamos? —pregunta Cornelio, uno de la banda.

—A la viña de mi padre —responde Agustín.

—Estupendo —afirma Harmodio, gordito y pecoso.

—¡Bien! —dice Marco—. Así podremos jugar sin que nadie nos moleste.

El diálogo tiene lugar en la ciudad de Tagaste. Concretamente en la plaza del mercado. Frente a la sede municipal. Junto al cuadrante solar que, durante el día, anuncia generosamente la hora a los ciudadanos que la requieren. La población se encuentra al norte de África, en la actual Argelia. La calzada romana la une a las urbes de Cartago y de Hipona. A ambos lados del camino se expande el verdor de las viñas. Junto a ellas extensos trigales se adentran pacíficamente entre campos de olivos añejos, derramando el oro inquieto de sus espigas entre el verdiblanco intenso de las hojas. Es junio. Año 370. Anochece.

Los siete caminan deprisa. ¿Qué irán a hacer esta noche? Entre todos forman la banda «los gatos salvajes»,

como ellos mismos gustan llamarse. Tienen merecida fama de destructores. Son muchos los que en Tagaste temen sus fechorías.

Nada más llegar, comienzan sus juegos favoritos a la luz de la luna: carreras, saltos, apuestas... Después, todos descansan tirados en el suelo.

—¡Qué rápidas pasan las estrellas! —musita Severino.

—No seas simple. Son las nubes arrastradas por el viento —asegura Agustín con una sonrisa de desprecio.

—¡Mirad al cielo! ¡Frente a nosotros! ¡Rápido! —anima Harmodio señalando con la mano derecha mientras se levanta del suelo apoyado en su brazo izquierdo.

—Es un cometa —asegura Tulio con firmeza.

—¿Dónde está? —pregunta Alejandro—. Yo no lo veo.

—¡Ahí, sobre tu cabeza! Tú nunca ves nada —vocea Harmodio.

—¡Pedid una gracia a los dioses! —sugiere Tulio cándidamente.

—¡Bah! —comenta Agustín—. ¿Aún crees en cosas de viejas?

Tulio, colorado como un tomate, refunfuña avergonzado. Tras unos instantes:

—Ya es tarde —recuerda Tulio, mientras mordisqueea una brizna de hierba.

—No es tarde —responde Agustín con firmeza—. Además...

—Además, ¿qué? —pregunta Tulio alarmado.

—¿Recordáis a los Gayo? —continúa Agustín.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Porque cerca de la viña tienen un huerto y un peral.

¿No os parece divertido robarles las peras? —insinúa Agustín, que ansía destacar entre los suyos.

—¡Huumm! —rumorean varios amigos, moviéndose nerviosos.

—Tulio —dice Agustín con picardía, antes que otros se echen atrás—. Acércate a la casa. Asegúrate de que los Gayo están dormidos.

—Pero... —protesta Tulio.

—¿Es que no te atreves?

Tulio traga saliva.

—No es eso —responde con altivez—. ¡Es que no está bien!

—¡Bah! —brama Agustín viendo su plan en peligro.

—Me parece que no debemos hacerlo. Eso es todo —insiste Tulio.

—¡Eres como una niña!

Agustín insulta a sangre fría. Sabe que es la única manera de arrastrar a los indecisos. El silencio es tenso. Nadie se decanta por un lado ni por otro. Todos esperan. El agravio, sin embargo, produce el efecto apetecido. De inmediato, Tulio se levanta del suelo. Arrastrándose por la pared de la valla, se acerca a la casa. Todos le siguen. Agustín permanece acostado sobre la hierba, rumiando su triunfo.

—¡Pchs! —susurra Tulio frenando a los demás con la mano derecha.

—¿Qué sucede?

—Caminad despacio. No hagáis ruido.

—¡Ay! —se queja Marco al pincharse la espalda con un cactus.

—¿Nos estamos acercando?

—Sí. Es ahí, frente a nosotros.

Los «gatos salvajes» avanzan a la luz de la luna. Están bajo el peral. De pronto, un ruido de hojas les paraliza, poniéndoles la carne de gallina.

—Soy yo —dice Agustín sentado entre las ramas—. ¡No tengáis miedo!

—¿Tú?

—Sí. Os estaba esperando. Rápido, ¡subid al peral! Vamos a cogerlas todas.

—¿Todas?

—Sí, todas. ¿Os podéis imaginar la cara que van a poner mañana cuando se levanten? —dice Agustín haciendo una mueca divertida.

Todos ríen la gracia del jefe. Agustín se siente apoyado para realizar la travesura. Él solo jamás la hubiera llevado a cabo. La presencia de sus amigos, sin embargo, es un estímulo para realizarla. De este modo, logra su respeto y su alabanza.

—Pero todas ¿para qué? —pregunta Alejandro—. ¡No podemos comer tantas!

—No las vamos a comer —responde Agustín—. Son pequeñas y de mala calidad. Yo las tengo mejores. ¡Robarlas es ya suficientemente divertido!

Poco a poco todas las peras están en el suelo. Los «gatos salvajes» las desparraman y, riendo, corren por el campo a la desbandada.

Al día siguiente, la noticia se extiende entre las gentes como reguero de pólvora.

—¿Sabéis lo que ha sucedido esta noche? —pregunta un niño que juega a la pelota en la puerta de la escuela.

—No. Pero ¡cuenta, cuenta! —piden éstos con curiosidad.

—Esta noche han robado las peras que los Gayo tenían en su huerto.

—¡Menudo disgusto!

—Creo que van a denunciarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado uno de sus hijos. Dicen que por esto no pasan.

—¿Saben ya quiénes han sido?

—No, porque nadie les ha visto.

—Se rumorea —dice otro— que es cosa de los «gatos salvajes».

—No me extraña.

—¡Chist! Cuidado. Por ahí vienen dos de ellos.

—¿Agustín y Tulio?

—Sí. Dicen que Agustín es el jefe y el peor de todos. Cuando los dos amigos han pasado por delante del grupo, los murmuradores prosiguen hablando:

—¿Se habrán enterado sus padres, Patricio y Mónica?

—No lo sé.

—Ojalá les castiguen. Se lo tienen merecido.

—Sí. Agustín, además, es un orgulloso insoportable —manifiesta uno con evidente despecho—. Hace unos días quise entrar en su banda. Se negó diciéndome que sólo es para chicos valientes. ¿Quién se cree que es él?

Este hecho tan desagradable preocupa a los padres de Agustín. Sucede cuando, tras acabar con éxito sus estudios en Madaura, el joven estudiante pasa un año de obligadas vacaciones en Tagaste. El motivo de este necesario descanso

es económico: Patricio carece de dinero suficiente para costear sus estudios. Son meses complicados, porque a la edad difícil de su adolescencia se añade el problema de la ociosidad. Todo el día lo pasa en los baños públicos acompañado de sus amigos, vagos como él. Pasado ese tiempo, Agustín marcha a Cartago.